

CRISIS, INMIGRACIÓN Y HUMANISMO CRISTIANO

Nos encontramos en unos momentos difíciles económica y socialmente hablando. Según casi todos los analistas, la crisis económica podría durar hasta tres años. Ya estamos viendo a qué velocidad se destruyen puestos de trabajo. La cosa empezó con el sector de la construcción, pero ahora está ya en la industria; las malas cosechas del final de la temporada han hecho extensiva la pérdida de empleo también al sector primario, con el descenso que conlleva en el índice de temporeros que recogen la uva y los últimos frutos de la temporada estival.

Mientras las afiliaciones a la Seguridad Social decrecen y las cotizaciones de los trabajadores se reducen proporcionalmente, aumenta el número de parados y se prepara un momento difícil de convulsión social. Y en este mare magnum del desempleo, hay ciertos grupos verdaderamente más vulnerables. Uno de ellos es, sin duda, el de los inmigrantes. Tanto es así que la primera medida que adoptó el Gobierno español para contrarrestar la crisis fue favorecer el regreso de inmigrantes a sus países de origen. Pero, en muchos casos, la crisis llueve sobre mojado. Y esto es así porque no hace sino agravar una crisis que, para muchos, había comenzado ya tiempo antes ya que fueron los primeros que perdieron su empleo. Y ahora se encuentran sin el trabajo y sin el derecho al paro porque ya lo han agotado. Me refiero a miles de trabajadores inmigrantes que son mano de obra no cualificada y vagan entre las subcontratas y las empresas de trabajo temporal (ETT) con contratos de una semana o de quince días. Y es que –no nos engañemos- no hay igualdad de oportunidades para todos. Entre dos aspirantes a un mismo empleo, uno nacional y otro extranjero, el inmigrante tiene todas las de perder. Nadie confiesa ser racista, pero muchas veces se actúa con un racismo no declarado aunque camuflado detrás de nuestros actos.

Seguro que muchas personas verán justificable que el extranjero no goce de las mismas oportunidades que un trabajador nacional en paro. Mucha gente piensa que “son antes los de aquí”. Y muchas personas sucumben a la lógica del planteamiento. Pero se trata, en sí, de una idea que encierra una gran perversión. Es tanto como decir que hay personas de primera y de segunda categoría; que hay ciudadanos que merecen trabajar por encima de otros; que todos no tenemos los mismos derechos porque todos no somos iguales; que unos tienen derecho al menú y los otros, a las sobras; que preferimos un tipo de personas sobre otras. Es, por tanto, una idea que consagra una discriminación injusta que no considera iguales a todos los seres humanos.

El humanismo cristiano nos ayuda a centrar el tema. Éste considera a cada ser humano un hijo de Dios, con la misma dignidad que todos sus semejantes. La palabra “semejantes” expresa ya ese contenido de igualdad. Dios no prefiere a unos hijos sobre otros; sí el amor humano, pero no el de Dios, que nos considera a todos con el mismo amor porque Él mismo es el amor perfecto. San Pablo escribe que, desde la fe en Jesús, ya no hay distinción entre nacionalidades o entre razas: “Todos sois uno en Cristo Jesús”. Y escribe una

carta a Filemón en la que le devuelve a Onésimo, esclavo que le había prestado a su servicio, en la que le pide que ya no lo considere como tal, sino “como un hermano muy querido” (Fil 16). Eso tratándose de un esclavo, no de un “semejante”. Por otra parte, si alguna preferencia tiene Dios por sus hijos es por los más débiles e indefensos. La Iglesia, en su acción, ha tenido siempre presente esa opción preferencial por los más pobres. Y el colectivo inmigrante no cuenta ni con las personas ni con los recursos de apoyo con los que puede contar un nacional. Así que sería deseable que ningún cristiano hiciera alarde de pensar que los españoles tenemos preferencia sobre los inmigrantes para el empleo y las oportunidades.

elcantarodesicar.com
Zaragoza, septiembre 2008